

Caminando el despeje

NICOLÁS ESPINOSA Y DANIEL RUIZ

En octubre de 1998, el gobierno del recién posesionado presidente Andrés Pastrana, a una condición de las FARC para comenzar los diálogos de paz, desmilitarizó un área de cinco municipios: Mesetas, Vistahermosa, La Uribe y La Macarena en el departamento del Meta, y San Vicente del Caguán en el Caquetá. Fue éste un hecho inédito en la historia nacional que inició una nueva etapa de negociación entre Estado e insurgencia.

Desde que realizamos una práctica semestral como profesores de escuela en veredas de La Macarena, el advenimiento del despeje hizo que se empezara a hablar de la *incertidumbre* y la *zozobra* entre los habitantes de la región, siendo éstas las palabras claves que pueden definir, en términos generales, la forma en que la población ha asumido esta nueva situación.

Al finalizar nuestro trabajo como "profes" en 1999, iniciamos las investigaciones de nuestras respectivas tesis de grado, visitando periódicamente amigos y familias que en La Macarena han aceptado compartirnos sus vivencias, las cuales, desde entonces, empezamos a profundizar: condiciones de vida de dichos campesinos que colonizaron esta parte de la Amazonía colombiana, estrategias culturales que han adaptado en este medio selvático, su relación con la guerrilla y los distintos fenómenos que se tejen alrededor del cultivo de la coca. Durante este ir y venir empezamos a notar que el despeje ha introducido profundas transformaciones en la cotidianidad de los campesinos. Una zona que se creía sería

coyuntural y pasajera, está a punto de cumplir tres años. El reconocimiento explícito del histórico poder que tienen las FARC en toda la región ha hecho que la población empiece a percibirlos de otra manera, tal y como lo afirmó un viejo fundador de La Macarena: "*La guerrilla de ahora no es la misma... Desde el despeje ha cambiado...*" Pero no sólo ella. Las vías de comunicación, la migración, el comercio, el cultivo de la coca y la solución de conflictos, de una forma u otra, han cambiado con la nueva organización de la región.

Si el despeje ha servido o no para el proceso de paz, o si las conversaciones han avanzado en medio de la guerra, es algo que sólo interesa a los campesinos de La Macarena siempre y cuando se mantenga el estatus de la zona, pues éste les da la tranquilidad de vivir en una de las pocas regiones del país donde, irónicamente, no se sufren los avatares de la guerra.

Desde finales de noviembre de 2000 las FARC habían congelado los diálogos con el Gobierno, según ellos, por la poca acción estatal contra el paramilitarismo. El presidente condicionó la continuidad del despeje, que debía terminar el 31 de enero de 2001, a la reanudación del diálogo. En espera de una respuesta de la guerrilla, el presidente extendió unos días más la zona. El 9 de febrero de este año, Andrés Pastrana y Manuel Marulanda reunidos en San Vicente, firmaron el "Acuerdo de los Pozos", en el que, entre otras cosas, el presidente se comprometió a atacar el paramilitarismo y las FARC a descongelar los diálogos y no alterar más el curso de

Estudiantes de último semestre de Sociología y Antropología, respectivamente, de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

testimonio

los mismos. Como resultado de ello la zona de despeje se prorrogó una vez más.

La siguiente crónica es el resultado de la primera aproximación a un proyecto que formulamos hace poco tiempo con el propósito de investigar las condiciones y consecuencias que el despeje ha implicado para los habitantes de esta región. En ella relatamos pormenores de un recorrido que hicimos en la vereda El Socorro de La Macarena durante los últimos días del mes de enero de 2001, fecha en que finalizaba la sexta prorroga presidencial al despeje, y los primeros de febrero, cuando se ratificó por ocho meses más la zona. La tensión sentida en el país fue distinta de la que se vivió en Macarena, y de esto dan cuenta las impresiones que recogimos en nuestros diarios de campo y las grabaciones de las distintas entrevistas realizadas a varias familias campesinas. Entre la coca, la guerrilla y los problemas de vecinos, temas álgidos en esta comunidad campesina, realizamos una parte de la investigación y fuimos testigos de un conflicto entre dos finqueros, que al tratar de ser solucionado por la guerrilla, se complicó ante el posible fin de la zona de despeje.

DOMINGO, ENERO 28

El viaje a La Macarena empieza en Bogotá tomando a la madrugada un bus hasta Villavicencio; allí, en el aeropuerto Vanguardia, abordamos una avioneta cuyo vuelo en promedio demora una hora. Hasta hace tres años ésta era la única ruta para llegar; sin embargo, después del despeje la guerrilla ha construido nuevas vías de penetración. Pese a no ser la primera vez que viajábamos a La Macarena, fue una sorpresa ver desde la ventanilla la cicatriz que va dejando la carretera que se construye dentro del área que en las normas ambientales del país figura como *Parque Nacional Natural y Reserva Biológica*. Se trata de una vía cuya construcción fue iniciada por las FARC-EP en 1999, siguiendo el trazado de una antigua trocha ganadera construida a hacha, pala y machete por colonos de la región a finales de la déca-

da de 1970. La trocha, próxima carretera, llega hasta Vistahermosa de donde parte una vía que en el futuro comunicará al sur del Meta y los departamentos del Caquetá y Guaviare con el centro del país. La carretera sale del pueblo, encuentra un primer y gran obstáculo natural, el río Guayabero, sobre el que se especula, algún día contará con puente; desde el otro lado del río la vía llega hasta Caño Cristales, por un camino que hasta hace poco sólo podía ser recorrido a pie o en bestia, rodeado de sabanas, morichales y regado por varias quebradas ahora canalizadas a voluntad del ingeniero constructor.

La avioneta aterriza en una rústica pista de grava y arena dando saltos y levantando un enorme tierrero. Al bajarnos, lo primero que nos llama la atención es una pancarta guerrillera de sutil color fucsia, que a las puertas del precario aeropuerto del pueblo, ondea flamante dando una calurosa "bienvenida" a la región, señalando la ubicación y el horario de atención de "La Mesa Nacional de Quejas y Reclamos de Las FARC-EP", que en "Caño Borugo, municipio de La Macarena, Meta" de las "09:00 a 13:00 y de 14:00 a 17:00" es atendida por los comandantes "Henry, Carlos, Richard", entre otros.

A parte de esta pancarta, de otro aviso que da la bienvenida institucional a un turismo que desde hace varios años fue prohibido por la guerrilla y de las miradas atónitas de quienes no están muy acostumbrados a ver extraños en el pueblo, no nos sorprende que, a cuatro días del plazo presidencial para el fin del despeje, no se vea un solo guerrillero rondando el aeropuerto o las calles del pueblo. El Cuerpo Cívico de Convivencia, institución creada por el gobierno nacional y acordada con las FARC, que hace las veces de policía una vez ésta fue desalojada de Macarena, pareciera ser la única institución encargada de guardar el orden.

Como es día de mercado, el pueblo está atiborrado de gente. Aquí y allá abundan las cantinas, billares y tiendas en las que suenan estruendosas rancheras, vallenatos y corridos. El domingo es el día que se aprovecha para comprar todo lo que

haga falta en las fincas, distraerse de la rutina del trabajo y tomar unas cervezas en compañía de los amigos. Esto, claro, si las cantinas han logrado abastecerse con tan preciada bebida, pues se ha vuelto común la veda guerrillera a este licor en numerosas regiones del país, ya que, según ellos, las embotelladoras se niegan a pagar cierto gravamen llamado “impuesto revolucionario”.

Alrededor de las 2 de la tarde la gente emprende el regreso a sus casas a pie, en bestia o por río, pues entre el pueblo y las distintas veredas hay considerables distancias. La vía más importante continúa siendo el Guayabero y en sus pueblos se reúnen gran cantidad de personas para cargar en canoas, de los más diversos tamaños, la remesa, herramientas e insumos para trabajar la coca. Logramos sentarnos en los bordes de una canoa bastante llena con la esperanza de llegar temprano a El Socorro, a casa de don Plinio y doña Támará, viejos colonos de La Macarena y fundadores de dicha vereda, quienes siempre nos han recibido muy bien y reservan para nosotros un espacio en su hogar. Logramos llegar allí después de navegar dos horas y de constantes y largas paradas a orillas del río donde desembarcó la gente con sus cargas. El motorista de la embarcación es un antiguo amigo nuestro y gracias a él logramos ahorrarnos el alto costo del pasaje.

LUNES 29

La casa de don Plinio y doña Támará es una típica construcción en madera y techo de zinc situada a orillas del río; el peligro de las inundaciones anuales los obligó a construir un segundo piso para situar las habitaciones. La finca cuenta con extensos potreros donde pastan vacas, chivos y caballos; además existe una cochera para marranos, corral de gallinas y un incipiente apíario que con nuestra ayuda instalaron. No muy lejos se encuentran los sembrados de yuca, plátano, maíz y coca.

Nos asombró encontrar coca pues desde 1985 habían dejado ese negocio. Decían que “joder con coca no nos gusta. Cuando teníamos eso era un problema lidiar con los trabajadores

ya uno no le quedaba tiempo para nada”. Además, en ese entonces, cuando hubo la bonanza y el precio se derrumbó, pasaron amargas experiencias: “*Eso nos pegamos una endeudada muy grande cuando el precio de un momento a otro se fue a pique. Nadie quiso comprar, nadie le compraba a nadie, nadie quiso saber de coca. Se cayó. Debiamos cogedores, remesa... Eso nos tocó vender ganado para pagar todas esas deudas. Y yo sí le dije a Plinio* —cuenta doña Támará— *que con eso no nos volvíamos a meter. Además que es pa' problemas*”. Después de muchos años sin coca, decidieron sembrar un par de hectáreas y ahora ocupan su tiempo entre los cuidados de la finca y mantener las matas al día: “*Es que si todo el mundo tiene ahora coca, uno por qué no, y además la situación se puso muy difícil. Toca*”. La razón más poderosa que los llevó a retomar esta actividad fue que la cría de marranos, a la que le dedicaban la mayor parte de sus esfuerzos, dejó de ser rentable desde hace tiempos: “*Era que hace 15 años usted llevaba un cerdo al pueblo de 14, 15, 18 o 20 arrobas y era un material de primera. Ahora lleva usted un marrano de esos y se lo pagan más barato que si fuera un marrano de siete arrobas, que dizque quedan encartados en Villavicencio porque el flete del avión sale muy caro, que no sé qué más... Es que ni para eso hay comercio*” doña Támará termina la charla diciendo: “*Es que ya hay problema por todo, y eso es mamón. ¿Entonces qué puede hacer uno? A qué se dedica uno? Pues toca dedicarse a lo que dé plata, porque ¿qué más...? Si los marranos de nosotros hubieran seguido igual seguro que en esta Macarena no habría coca. Seguro que no había porque igual uno seguía trabajando y seguía teniendo sus marranos y vivía*”.

Nos cuentan que cuando estaba el ejército era muy difícil poder transportar los insumos que se requieren para el procesamiento de la hoja: cemento, gasolina y ácidos: “*Es que póngale cuidado* —dice don Plinio—, *no más cuando había ejército hasta la gasolina le tocaba a uno traerla clandestinamente*”. Se debía conseguir un permiso para poder llevar combustible a las fincas y explicar los usos que se le daban; como siempre las medidas coercitivas de las autoridades fueron insuficientes para impedir que la iniciativa de los campesinos saliera a flote y lograran conseguir los materiales necesarios. Ahora, y desde hace dos años

largos, ya no se corre ninguno de esos riesgos, ya que los campesinos pueden comprar lo que necesiten; además ya no tienen que esconderse en el pueblo para vender la pasta base de coca que ellos mismos procesan en los "laboratorios" de sus fincas (o cambullones como se les conoce). Don Plinio y doña Támara terminaron contándonos que los cultivos de coca por lo general se tienen lejos de las casas, pero que ya no es necesario tomar esas medidas, pues *"ahora eso la gente se descará sembrando cerca de las casas y no como antes"*.

MARTES 30

Desde temprano vimos pasar hacia el pueblo varias embarcaciones movilizando guerrilla. Ramón, el hijo mayor de la familia, nos contó que desde un par de días ha habido mucha movilización de tropas guerrilleras que bajan y suben por el río. Además se rumora que la tropa instalada en la Oficina Nacional de Quejas y Reclamos se ha ido y que ahora tan sólo hay un grupo móvil. Ello acentúa nuestra duda hacia la continuidad del despeje. A estas alturas cualquier cosa podría pasar, pues según vimos en las noticias, existe una presión política que desea ver resultados de la negociación, y en caso de continuar el congelamiento de la mesa de diálogo, no habría por qué continuar con la distensión de una zona que —dicen políticos, militares y dirigentes gremiales— no está funcionando para tales efectos.

Durante el almuerzo, don Plinio y doña Támara hablaron del problema que había entre Leonardo y don Saúl, dos habitantes de la vereda. Escuchamos en ellos voces indignadas acerca de las injusticias que se estaban cometiendo. Leonardo y don Saúl son dos vecinos que meses antes habían tenido un problema: las vacas de Leonardo se le comieron a don Saúl un pequeño cultivo de coca, y aunque la Junta de Acción Comunal había conciliado el pago que se debía efectuar por el daño, ahora ambos vecinos tenían una nueva querella por un camino que don Saúl quería utilizar pero que Leonardo cerró. No

pudimos enterarnos de todo lo sucedido pero, hasta donde logramos entender, el problema tuvo complicaciones que involucraban a toda la vereda y a la guerrilla.

Al finalizar el día, don Plinio nos contó la historia de aquellos tiempos en que llegó, siendo muy niño, junto con su familia a hacer tierra por acá. Su relato es la voz de una colonización hecha por gente del altiplano que no tenía tierra, y ante la posibilidad de trabajar y lograr algo propio decidieron enfrentarse al clima, las enfermedades y la aventura de una región en la que había todo por hacer. Su relato no es tan magnífico como las historias que por lecturas conocemos de las Columnas de Marcha, frentes de colonización armada y desplazamientos de la época de la Violencia. Es más bien una historia, muy común entre la mayoría de gente que conocemos, de una colonización motivada por la inestabilidad económica de campesinos que sin ser propietarios o tener tierras improducтивas, o bien por ser fuerza de trabajo flotante, la mayoría de las veces desocupada, decidieron viajar a La Macarena en busca de las oportunidades que antes se les había negado. El relato de la colonización no deja de ser magnífico, trágico y con características épicas: enfrentarse a un terreno y realidad desconocida, a unas condiciones hostiles, empezando casi desde cero; es la realidad compartida por la multiplicidad de gente que colonizó la Reserva, que sin importar las condiciones de su procedencia, comparten una historia común. Don Plinio terminó su historia: *"Un día a mi papá le preguntaron que de dónde era, y él dijo que de Macarena, porque él decía que uno no es de donde nace sino de donde lucha"*. "Don Plinio —preguntamos—, ¿y usted de dónde es?", "Pues de la tierra de papá".

En la noche nos pusimos al tanto de las noticias, y la tensión por el posible final de la zona de distensión se aplazó por unos días más ya que el presidente decidió prorrogar el despeje cuatro días a la espera de una respuesta de las FARC sobre el descongelamiento de los diálogos.

En la mañana llegaron varios jornaleros a terminar un trabajo en la finca de don Plinio. La labor consistía en tumbar cuatro hectáreas de monte donde van a sembrar pasto para luego meter ganado. Mientras desayunaban, el problema entre Leonardo y Saúl fue tema obligado de conversación. Para esta comunidad se ha convertido en un hecho trascendental porque, escuchando la discusión, podíamos ver cómo el tema despertaba pasiones, viejas envidias, rencores supuestamente olvidados y un sentido de justicia donde se pretende reivindicar, según ellos, el derecho de los que *"poco tienen"* frente a los que *"más tienen"*. El problema resultó más complicado de lo que creíamos, pues si por un lado el chisme, estrategia tan común y peligrosa en la región, ya había empezado a rodar, las distintas versiones de los hechos mostraban un fenómeno que se enredaba con matices melodramáticos. El asunto, cotejando las distintas versiones, fue más o menos el siguiente: en invierno la entrada a la finca de don Saúl es imposible por lo que él decidió usar un viejo camino y construir un puente que pasa por los predios de su vecino Leonardo. A Leonardo no le agradó la iniciativa y argumentó que ya existen muchas trochas que pasan por su finca, así que tomó la decisión de cerrar la vía. Lo irónico del asunto es que en la finca de Saúl existe una trocha que la atraviesa por la mitad y es usado por gente de la vereda, y muy frecuentemente por Leonardo. Es decir, Leonardo puede pasar por la finca de don Saúl, pero no a la inversa. Fue entonces cuando la guerrilla hizo su aparición. No quedó claro quién la había llamado; lo único cierto es que los *"muchachos"* llegaron. *"Nacho"*, uno de los comandantes, fue a una reunión programada en la vereda. Allí dijo que don Saúl debía buscar otro camino para así no pisarle la finca a Leonardo, y ordenó que destruyeran el puente que don Saúl había construido. La mayor parte de la Junta de Acción Comunal estuvo

en desacuerdo, pues según ellos resultaba estúpido que obligaran a Saúl a buscar camino entre pantanos. Sin embargo, en la reunión nadie fue capaz de manifestar su inconformidad por la decisión del comandante guerrillero. Ante la arbitriedad de esta decisión, días después una comisión de la vereda decidió hablar con *"Alfonso"*, comandante superior a *"Nacho"*. El comandante *"Alfonso"* encargó a un miliciano para que visitara la vereda y se cerciorara del asunto. Tras escuchar el informe del miliciano, *"Alfonso"* desestimó la orden de *"Nacho"* y la revocó; ordenó entonces a Leonardo permitirle el paso a don Saúl. Siendo así, don Saúl reconstruyó el puente que le habían derribado.

Esa fue la versión que conocimos ese día, pues el asunto no paró ahí...

JUEVES 1º DE FEBRERO

Aceptando la invitación que días antes nos hicieran doña Carmen y su esposo *"El Pollo"*, presidente de la Junta de Acción Comunal, salimos para su casa una vez amainó el inclemente calor del mediodía. La casa, que se encuentra sobre una curva pronunciada del Guayabero, tiene una rústica forma que asemeja una pequeña finca del eje cafetero. *"El Pollo"* estaba trabajando al otro lado del río desmontando, y en tanto lo esperábamos hablamos con Carmen. Narró cómo antes del despeje para vender la *"merca"* en el pueblo había que camuflarla muy bien porque en cualquier requisa el ejército podía decomisarla y encarcelar a quien la llevase. Ella decidió ir un poco más lejos con el negocio: la base de coca que procesaban en su finca era transportada en racimos de plátano, en yucas o amarrada a su propia cintura hacia Villavicencio donde la vendía a muy buenos precios. Tiempo después, cansados de lidiar con los trabajadores y de correr riesgos innecesarios para sacar la *"merca"*, decidieron acabar los sembrados de coca y dedicarse a la ganadería.

Al rato llegó *"El Pollo"* de su trabajo y se unió a la charla. Según él en Macarena

es posible vivir sin la coca, ya que —argumentaba— la gente se aferra mucho a ella y él, por ejemplo, es uno de los que ahora no tiene matas y sin embargo logra satisfacer todas las necesidades de la familia. Luego empezamos a hablar acerca del despeje; nos contó que desde el inicio de éste *"la gente ha echado a sembrar más y más coca. Pero no tanto por el despeje sino por la necesidad que ellos dicen tienen por el dinero"*. En términos generales, considera que *"tras dos años, 790 y pico días, ¿pa' que ha servido el diálogo? ¡Pa' mierda! lo que la guerrilla pide el gobierno no lo va a dar. ¿Usted cree que van a nacionalizar el oro, el petróleo, las esmeraldas? Las FARC piden 10 puntos pa' empezar y mientras haya hambre hay guerra"*. Ante los cambios que a consecuencia del despeje se evidencian ahora en Macarena, *"El Pollo"* relató: *"Lo que pasa es que para mí, en dos años de despeje, el municipio sigue siendo el mismo municipio pobre de siempre; el hecho no es que con la carretera que hizo la guerrilla se permitiera por primera vez en la vida la entrada a camiones y uno que otro carro, porque aquí el que tiene plata es el que sigue haciendo plata. Y el pobre sigue pobre. ¿Qué hacemos? El municipio hace dos años no tenía alcantarillado, y actualmente... tampoco. O sea que con el despeje no se ha mejorado nada. (...) Yo no he visto que en las veredas haya un cambio con esto del despeje... la misma historia de siempre, porque uno tiene que trabajar para sobrevivir"*.

Siendo *"El Pollo"* el presidente de la Junta, le preguntamos acerca del problema del camino. Lo actualizamos acerca de lo que sabíamos y nos puso al tanto de cómo iban los acontecimientos. Cuando el comandante *"Alfonso"* decidió permitir el paso de don Saúl por el camino que Leonardo había cerrado, la señora de Leonardo fue a hablar con un tercer comandante, de rango medio, quien ratificó la decisión original: el camino debía cerrarse y el puente tumbarse. *"El Pollo"* fue al pueblo a averiguar por el asunto, ya que no entendía por qué la guerrilla mandaba una cosa, luego otra y después una distinta. Luego de quejarse ante un miliciano, éste hizo las averiguaciones correspondientes y se ratificó que la orden del comandante *"Alfonso"* debía respetarse: el camino podía usarse.

Sucedió entonces que por esos días unos sobrinos de Leonardo, que están en la guerrilla, fueron a visitarlo y él les contó lo sucedido y los instó a que fueran a casa de don Saúl y lo *"convencieran"* de tumbar el puente. Los tipos, armados, fueron allá y le *"aconsejaron"* que dejara de utilizar el camino. Don Saúl destruyó por segunda vez el dichoso puente y desesperado fue con *"El Pollo"* a la *"Oficina de Quejas y Reclamos"* y habló con el comandante *"Henry"*, superior a todas las instancias guerrilleras que hasta entonces habían intervenido. *"Henry"* supo que Leonardo no le permitía el paso por su finca a don Saúl; también que, irónicamente, Leonardo usa un camino que pasa por los predios de don Saúl, así que le aconsejó cerrar el paso a Leonardo, como medida de presión. Lo que nadie le advirtió al comandante *"Henry"* es que el camino que sugirió cerrar a su vez es empleado por dos familias de la vereda que no tienen otro paso adecuado para llegar hasta el río. La contraparte de la orden es que si Leonardo permite el paso a don Saúl, este último tendrá que abrir el camino que debía cerrar.

En la vereda luego se supo que los sobrinos guerrilleros de Leonardo fueron sancionados por haber actuado abusivamente sin seguir órdenes de nadie. Les retiraron sus armas y, se dice, fueron castigados a cavar largas trincheras. Esto alivió a varias personas de la vereda, quienes veían indignadas la humillación y amenaza a que fue sometido don Saúl por dos guerrilleros sin mando.

VIERNES 2

Visitamos la casa de *"Saco e' plomo"* que queda al lado del río, correspondiente al área de Parque Natural. Padre de cuatro hijas, su esposa, doña Violeta, espera en los próximos meses el nacimiento de su quinta niña. La finca no cuenta con potreros, siendo una de las pocas que en La Macarena no tiene ganado. Dentro de la pequeña casa, sentados en el comedor y con las gallinas paseando a su antojo, *"Saco e' plomo"* nos contó por

qué es tan difícil la vida en Macarena, argumentando que la falta de carreteras hace poco rentable la cría de animales y la comercialización de productos agrícolas: *"Por eso creo yo el problema de la coca, ¿no será? La coca es más fácil porque pa' sacar usted maíz tiene que pagar transporte y con la coca usted tiene gastos pero tiene a quien venderle. Ha tenido más comercio en esta zona la coca que el maíz, o los marranos, la yuca o el plátano"*. A pesar de esto no tiene mucha coca y está cansado de *"joder con eso"* porque, por una parte, no consigue quién le ayude a raspar hoja cuando llega la época de recolección pues desde que empezó el despeje la guerrilla ha controlado severamente el ingreso de desconocidos a la región, es decir, la demanda de trabajadores supera la oferta de fuerza de trabajo. Esto ha contribuido, y de eso se queja *"Saco e' plomo"*, a que el precio de los jornales sea carísimo y que la mayoría de trabajadores flotantes prefiera raspar coca, donde se gana más y en menos tiempo que en los demás oficios de las fincas. Además, según él, lidiar con trabajadores es incómodo pues éstos trabajan el tiempo que se les antoja y como se les venga en gana. Por último, ya que es tan poquita la coca que tiene, ésta *"no le da la base"* y si consigue para la gasolina no tiene para el cemento. Asegura que *"...la coca es negocio pero pa' l que tiene harto"*, ya que el elevado costo de los insumos hace que quien tenga menos de dos hectáreas no tenga cómo cubrir todos los gastos. Espera poder sembrar este año unas nuevas matas, no tanto para trabajar con ellas sino para que, en caso de vender la finca, ésta tenga un poco más de valor.

Luego de almorzar, nos despedimos y nos dirigimos al río, puesto que este día teníamos planeado visitar una familia en una vereda contigua a El Socorro, ya que doña Elvira, una señora de aquella vereda, había quedado en pasar por nosotros y llevarnos a su casa. La invitación surgió desde el anterior fin de semana cuando nos encontramos con doña Elvira y ella, al notar que teníamos un llamativo equipo fotográfico, creyó conveniente invitar a la cámara y a nosotros a la celebración de los 15 años de su hija Enisbey.

Al rato llegó y nos montamos en una canoa donde venían invitados del pueblo, regalos, cerveza y una torta muy decorada hecha exclusivamente para la ocasión. Navegamos río abajo, y al cabo de una hora descendimos; ayudamos a bajar y montar la carga a lomo de mula; a nosotros nos encomendaron la custodia de la torta. Caminando entre el bosque por una trocha bastante embarrada que cruzaba varias quebradas y que estaba tapada por sendos árboles que habían caído, el oficio resultó harto penoso. Al rato encontramos una casa en medio de la selva muy bien decorada con globos y serpentinas. Doña Elvira estaba muy preocupada pues no conocía el protocolo de estas fiestas y no quería contrariar la *"tradición"*, así que nos pidió el favor de colaborarle indicándole cada uno de los pasos a seguir: ensayamos el más profano de los vals tanto con la homenajeada como con los quince parejos, la entrega de rosas y el cambio de zapatillas. Lo curioso que resulta un ritual foráneo en medio del monte, donde se combina vals y champaña con la chicha, los tamales que habían preparado y la música carriera que les recordaba la cuna de donde es oriunda la familia, no pudo dejar de producirnos bastante sorpresa.

SÁBADO 3

Tras andar unos días por la vereda, volvimos a casa de don Plinio. Las noticias no dejaban de ser menos escandalosas y pensábamos que, ahora sí, el despeje llegaba a su fin. La intranquilidad que sentimos en los campesinos con quienes hablamos no pudo más que hacernos notar que vivimos en un país que no logramos entender del todo y que, arrastrados por una inercia sin rumbo, el futuro se desdibuja en mil formas. En los periódicos pudimos leer que el *"plan B"*, una arremetida militar a la zona de despeje, tomaba fuerza y que el desplazamiento de tropas hacia Neiva y Puerto Rico, Caquetá, era un hecho. El mutismo de la guerrilla, junto a la intransigencia de algunos medios de co-

municación, fue un cuadro que se completó con la inesperada visita del "presidente de todos los colombianos" a varios municipios del despeje.

Teníamos planeado hablar hoy con el alcalde, pero inesperadamente aterrizó una avioneta en la escarpada pista del pueblo y de ella bajó Andrés Pastrana. La gente del pueblo no lo podía creer; la romería que se formó alrededor de él, alcalde incluido, lo acompañó a dar una vuelta por las polvorrientas calles del pueblo hasta llegar al puerto principal. No pudimos hablar con el alcalde, pero sí escuchar algunas frases en boca del primer mandatario. Allí el presidente dijo, ante algún periodista que lo acompañaba, que estaba en la región para demostrar que *"no existe ningún terreno vedado para las autoridades legítimas ni para el Estado"*. Sus palabras resultaron un tanto desconcertantes para nosotros pues es evidente que regiones más desprotegidas y abandonadas por el Estado como estas no creemos que existan. Algún habitante del pueblo, cuando le preguntamos cómo le pareció la visita del presidente, atinó a contestar que *"vea, tras treinta años de vivir aquí en La Macarena es la primera vez que el alto gobierno se deja ver con algo..."*. Un sentimiento de orgullo se apoderó de muchos habitantes de La Macarena, pues para ellos fue un honor recibir en sus tierras un personaje tan importante. Una vez el presidente alzó vuelo a San Vicente del Caguán, el pueblo retornó a su monótona y cotidiana realidad: al caer la tarde arribó al puerto donde horas antes habló el presidente, el único chichipato¹ autorizado por la guerrilla a comprar "merca", y quienes ese día pensaban vender consiguieron negociarla, se terminó de hacer mercado, se bebió cerveza en las cantinas del pueblo y la gente bajó a los puertos, cargó las canoas y tomó rumbo a sus veredas.

Las noticias en la noche confirmaron una nueva y corta prorroga del despeje para ultimar los detalles de un nuevo

encuentro entre el presidente y el jefe máximo de las FARC, Manuel Marulanda.

DOMINGO 4

Intentamos nuevamente hablar con las autoridades civiles del municipio, pero infortunadamente no tuvimos éxito, pues todo el mundo estaba muy ocupado y la cita que pensábamos sostener con el alcalde nuevamente fue cancelada, pues hoy el "Mono Jojoy", miembro del Secretariado de las FARC, es quien anda reunido con las autoridades. La presencia del comandante explicaba la cantidad de guerrilleros que vimos haciendo sus compras personales, haciendo guardia y paseando de aquí para allá en sus lujosas camionetas. Pese a que la visita del presidente el día anterior calmaba los ánimos sobre la continuidad del despeje, constatamos que eran varias las embarcaciones de la guerrilla que estaban cargándose con comida, sal y gasolina, por si acaso, supusimos.

Hablamos con varias personas del pueblo, y después de hacer una serie de comparaciones entre lo que alguna vez observamos a mediados de 1998, antes del despeje y ahora, enero de 2001, se hicieron notorias las transformaciones que ha sufrido el pueblo. Una ausencia que salta a la vista, y que peca de obvia, es la de la policía y el ejército. La Policía Cívica, institución inédita en Colombia y propia de los municipios del despeje, conformada por ciudadanos comunes y corrientes que devengan dos salarios mínimos, hace las veces de guardianes del orden, aunque a todas luces es la autoridad de la guerrilla la que se impone. No están armados más que con bollillos, y en su rutina se dedican a recibir a los viajeros de los aviones, cobrar la tasa aeroportuaria, patrullar las calles, detener peleas y velar porque los establecimientos nocturnos cierren a la hora convenida por la alcaldía. Una nueva

¹ Intermediario que comercia con la pasta base de coca, comprándosela a los campesinos y vendiéndola a los "laboratorios", donde la convierten en clorhidrato de cocaína.

función que desde hace un par de meses han asumido es la de controlar el tránsito vehicular que ahora inunda las no habituadas calles del pueblo; además recogen y llevan a un potrero que llaman "patios" a los caballos, burros y mulas que son amarrados en zonas no permitidas.

Antes de iniciar el despeje, el casco municipal fue abandonado por familiares de los policías, algunos comerciantes y personas que sintieron amenazada su seguridad. Uno de los conflictos que esto generó fue la notoria disminución de la matrícula escolar en los colegios urbanos, lo que originó una reestructuración del sistema educativo.

La carretera que se construyó hasta San Vicente ha sido el cambio más significativo para el municipio: el 31 de octubre de 2000 fuimos testigos de un acontecimiento histórico para La Macarena, pues desde su fundación en 1953, cuando se llamaba El Refugio, por primera vez entró un bus a las calles del pueblo. El comercio se ha adaptado a esta nueva condición y ya se empiezan a observar talleres mecánicos, almacenes de repuestos y nuevas gasolineras. Los accidentes de tránsito ya empiezan a cobrar víctimas que antes no se registraban en las estadísticas municipales. Haciendo una revisión a primera vista de la fluctuación de los precios es posible constatar que la carretera ha abaratado algunos productos, en especial los alimentos. Sin embargo, los insumos para trabajar la coca, el cemento y la gasolina continúan registrando los costos acostumbrados. Los camperos que viajan a San Vicente del Caguán lo hacen ahora con mayor regularidad, y ya se cuenta incluso con una ruta que viaja directo a Neiva. Hoy en día, gracias a la carretera, el pueblo cuenta con un gran número de vendedores ambulantes y ferias callejeras.

La "justicia revolucionaria", de vieja data en las veredas, hizo su aparición en el casco urbano, y por ello es normal ver a los revoltosos de los fines de semana, peleones o borrachos realizando obras comunitarias: limpieza de andenes, calles y jardines. La actividad en los puertos se ha acomodado al horario impuesto por la

guerrilla; sus horas pico son de siete a nueve de la mañana y de dos a cinco de la tarde. El toque de queda para movilizarse por el río empieza a las seis de la tarde y dura hasta las seis de la mañana del día siguiente. Ésta fue además una de las primeras medidas que tomó la guerrilla, tanto por seguridad como para prevenir los, hasta entonces, frecuentes accidentes nocturnos. Por último, el legendario prostíbulo del pueblo, "Curramba", no corrió con la misma suerte de establecimientos de este tipo que en otros municipios despejados fueron cerrados.

Después de ir y venir logramos hablar con el cura español párroco del municipio. Nos contó que había sido mucha la expectativa que se había creado cuando se empezó a hablar de la zona de distensión, pues creyeron que por fin el Estado iba a fijar su mirada en esta apartada región. Desde las semanas previas al despeje han visitado periódicamente a La Macarena importantes funcionarios de la Unicef, Defensoría del Pueblo, Cruz Roja y Empresa Colombia, oficina gubernamental de desarrollo social. Aun así *"después de más de dos años* —dice el sacerdote— *no ha pasado nada, y otra vez nos han olvidado*". Las esperanzas de recibir ayudas se disiparon: no ha habido inversiones; sólo constantes y repetitivas promesas. En cuanto a infraestructura, fue precisamente el despeje lo que permitió que la guerrilla pudiera construir la recién inaugurada carretera La Macarena -San Vicente. Desde hace años el cura párroco ha sido un defensor incondicional de la construcción de la carretera Macarena-Vistahermosa, pues según él, es prioritario abrir nuevas vías que permitan la comercialización de productos agrícolas que brinden una alternativa distinta a la coca. Como él, los defensores de esta nueva vía argumentan que la conservación ambiental no tiene por qué ser un obstáculo para el desarrollo de la región: *"Uno no sólo vive de contemplar monte"*, dijo en alguna reunión. Mientras salíamos de nuevo para la vereda, oímos que en el pueblo rueda un folclórico rumor. Dicen que una vez la carretera sea construida,

algunas de las personas prestantes del pueblo harán, en la mitad del parque principal, una estatua en honor y agradecimiento al "Mono Jojoy"

LUNES 5.

"El Pollo" fue a terminar un trabajo que realizaba para don Plinio, y nos contó que don Saúl había llegado temprano a su casa para saber si la Junta había resuelto algo sobre su problema. Hasta el momento nada se había dicho, por lo que don Saúl procedía hoy a cerrar la vía que utilizan Leonardo y varias familias más de la vereda. Le preguntamos a "El Pollo" si resultaba conveniente perjudicar no sólo a Leonardo sino también a otra gente que nada tenía que ver con el problema. Según él era necesario *"pues es que todo el mundo tiene que meterse pa' presionar a Leonardo. La gente de ese lado de la vereda nunca dice nada..."*. Más tarde llegó Ignacia, mujer de unos 30 años, morena, robusta y bastante fuerte, a pedir prestadas algunas panelas y arroz que le hacían falta. Se enteró que iban a tapar el camino que lleva a su finca y por el que anduvo hoy, todo porque es el mismo camino que Leonardo utiliza y con el que don Saúl se quiere sacar la espinita. Enfurecida ante el perjuicio que le iban a ocasionar exclamó: *"Cómo así, ¿y es qué acaso no hay guerrilla?, ¿dónde está la autoridad que no se hace valer, porque la ley es la ley?"*. Para ella es inconcebible que, pese a la intervención de la guerrilla, aún no se haya resuelto nada y que por el contrario el problema se agrave más y los afecte a ellos. En este momento fue que el asunto nos pareció muy significativo. Por un lado, las contradicciones de mando entre los guerrilleros, la pasividad de la gente en espera de que sean éstos quienes resuelvan el asunto, la intransigencia de don Leonardo que impide un pequeño paso y la de don Saúl a quien no le importó perjudicar a otros con tal de conseguir consenso contra Leonardo.

Salimos rumbo a casa de Ignacia y su marido José. Cruzamos el río Guayabero a remo, y pasamos a la "Reserva"² tomando un camino que cruza varios potreros y se interna repetidamente entre la selva. La trocha, a pesar de ser verano, conserva algo de barro, lo que nos da una idea del paso en invierno. Una vez entramos en la finca de don Saúl, nos encontramos con árboles derribados junto al camino. Don Saúl ya había procedido rápidamente durante la mañana a tapar la trocha y tuvimos que destapar varios tramos para poder dar paso a la yegua que perezosamente cargaba la vigorosa humanidad de Ignacia. Tras sortear tres enormes obstáculos de árboles derribados, nos encontramos con don Saúl y su hijo, que estaban tomando un descanso junto a la penúltima "tapazón" que habían armado.

Don Saúl es uno de aquellos campesinos veteranos y curtido en años. Pensamos que Ignacia iba a reclamarle por la acción, pero se apeó tranquilamente de la yegua y en tono muy cordial se pusieron a conversar. Repasaron el problema, los antecedentes, las causas y las consecuencias. Discutieron acerca de la actitud de Leonardo, de los caminos, de la Junta y de la guerrilla. Cada uno dio su versión y apreciación del problema varias veces, una tras otra, llegando incluso a impacientarnos porque tras casi una hora, mientras los zancudos nos azotaban, no dijeron nada nuevo. Don Saúl contó, además, que iba a cercar alrededor de las derribas para impedir definitivamente que la gente pasara, ya que la Junta había autorizado que quien dañara el alambre fuera multado. Dijo que en todo caso no deseaba perjudicar a los demás, pero era éste el único modo de presionar a Leonardo; que lo hacía por órdenes de la Junta y de la guerrilla, ya que si éstos habían ordenado cerrar el camino, él no podía contradecir una orden de los "muchachos", pues esa era la ley.

Don Saúl nos llevó por un atajo que

⁽²⁾ Pues hasta 1989, era considerada por ley "Reserva Biológica Integral de la Macarena" toda la región al norte del río Guayabero (N. del E.)

bordeaba los últimos cierres que había realizado y tras otra hora de recorrido se hizo visible en lo alto de una montañita, teniendo las cumbres de la Serranía como fondo lejano, la casa de Ignacia rodeada de vastos potreros. Encontramos a José "quimiqueando", es decir, procesando las hojas de coca que había raspado, en un improvisado cambuche en el patio de su casa. Ignacia discutió con él acerca del camino y, preocupada, le sugirió, ya que su esposo es miembro del Comité Conciliador de la Junta, hablar con Leonardo para solucionar el asunto.

Al entrar la noche pasó por la casa un señor de la vereda que estaba trabajando en una finca contigua; le ofrecieron guapalo y mientras descansaba un poco, pues había caminado una hora y le faltaba otra para llegar a su destino, comentó que "el tigre" le había matado otro becerro a don Rafa, vecino de don José. A la gente de la casa le causó sorpresa que "el tigre" se ensañara con el ganado de don Rafa, pues a los vecinos, incluso a ellos, no les había hecho ningún daño: *"Eso es que a don Rafa alguien le rezó el tigre"* —dijo don y José— *y por eso es que sólo come ganado allá*". En estas regiones existe un miedo ancestral hacia "el tigre", tal y como se conoce a cuanto jaguar habita en estas selvas, y aunque no se sabe de un dato concreto que compruebe que este "bicho" se ha comido algún "cristiano", el respeto que se tiene hacia él se suma al enfado que causa cuando ocasiona daños en las fincas. Preguntamos acerca del rezo del tigre y nos aseguraron que hay gente muy poderosa que es capaz de rezar, a voluntad de quien lo solicite, un animal para que haga daños al prójimo deseado. Se mostraron preocupados si dado el caso fueran ellos los afectados, pues el antídoto para este mal, que consiste en una serie de complicados ritos, toma mucho tiempo y dinero, pues para éstos se requiere contratar a alguien experto y, por supuesto, poderoso.

MARTES 6

Ignacia y José viven con sus dos hijos y los cinco trabajadores que en esta épo-

ca del año suelen ayudarles con los trabajos de la finca. Al hablar sobre la coca nos contaron que aunque es cierto que los cultivos han crecido durante los últimos tres años, en su opinión el desapego no es la causa, sino que ha sido un fenómeno irreversible ante las condiciones de vida del campesino del municipio. Ignacia y José son, como sus dos hijos, nacidos y criados en La Macarena. Sus padres llegaron hace más de treinta años en búsqueda de las oportunidades que esta tierra desconocida ofrecía a cientos de campesinos que por aquella época llegaron. A Ignacia le preocupa que, por vivir en una región controlada por las FARC, mucha gente piense que ellos son parte de la guerrilla. Como ella, muchos consideran que el llamado "laboratorio de paz" sólo ha servido para estigmatizar a sus habitantes y crear una constante incertidumbre ante el peligro que representa el final de las conversaciones, pues temen convertirse en blanco obligado de una esperada y temida arremetida paramilitar. Así mismo consideran que el mayor beneficio que trajo el desapego ha sido la carretera que ahora conecta a Macarena con San Vicente: la única vía terrestre que existe en la región y por donde ahora están entrando las mercancías que antes llegaban por avión o por río. Es notable, dicen, que el costo de vida ha bajado.

Después de almuerzo salimos a casa de don Gutiérrez, de quien supimos, es el más nuevo de los finqueros de la vereda. Lleva ocho años en Macarena y llegó con su familia desde uno de los pueblos del altiplano cundinamarqués. En la casa de don Gutiérrez, coincidencialmente, se encontraba don Saúl. Al parecer estaba dando a conocer a la gente de la vereda los argumentos que motivaron el cierre del camino que él había tapado. Al preguntarle a don Gutiérrez por el problema del dichoso camino, dijo que nada podía hacer porque el asunto es orden de la guerrilla y lo que mandan ellos no se puede contradecir. *"Además yo lo último que quiero es tener que irme de acá"*; por ello no pretende discutir nada con la autoridad.

Antes de terminar la tarde salimos de

casa de don Gutiérrez, y don Saúl nos acompañó durante un buen tramo. Aprovechamos para conocer su versión de los hechos, y al preguntarle a quién había recurrido para la solución del problema, contestó: *"Cuando yo tengo un problema de éstos, siempre voy donde la Junta pa' que me lo arregle"*. Le interrogamos acerca del papel de la guerrilla, y aseguró que había sido la Junta la responsable de su intervención; refirió además que los sobrinos guerrilleros de Leonardo habían actuado abusivamente, y que él no había buscado ningún encuentro con los "muchachos". Acerca de la decisión final, la de cerrar el camino de su finca a fin de forzar al vecino, insistió en que a él lo había mandado a llamar la guerrilla y sólo cumplía una orden que le habían dado. Nos despedimos de don Saúl y no pudimos menos que pensar que la solución del problema no hacía más que agravarlo, y que la posición de don Saúl frente a nosotros, dos desconocidos para él, no era más que normal. Así la guerrilla fuera el poder real en la región, "legítimo" para algunos, no dejaba de tener cierto halo de "ilegal" que hace que alguna gente tome distancia y no demuestre partido. Aun así nos quedó la duda: ¿Quién recurrió primero a la guerrilla para la solución del problema, la Junta o don Saúl? ¿Y por qué no se llamó al Comité de Conciliación para la solución del conflicto?

MIÉRCOLES 7

Visitamos a don Vicente, quien también se encontraba trabajando las hojas de coca que había raspado. Él nació en Medellín del Ariari y llegó a La Macarena hace 18 años. Venía a trabajar como raspachín, conoció a Patricia, su esposa, y entonces decidió comprar finca, formar familia y sembrar, además de los tradicionales cultivos de pancoger, el único producto con el que asegura se puede sobrevivir: la coca. *"Es uno de los productos que deja, eso lo sabemos todo el mundo porque eso es contra la ley. Pero también es como lo dice el disco, mientras uno sembraba maíz y frijoles era pobre, y uno no tenía con qué coger un peso. Pero desde que uno pueda sembrar una cantidad grande de coca, coge algo de plata, por-*

que es que ella no deja es por lo poquito. La coca da la base pero en harta cantidad; en poquita le da a uno apenas pa' los gastos". A don Vicente le preocupa tener que vender su finca en caso que se acabe el despeje y la región deje de ser segura. Es probable, en su lógica, que los paramilitares lleguen a Macarena cuando se acaben los diálogos y que la población sea señalada como colaboradores de la guerrilla: *"Pero uno no es de un bando ni del otro"*.

De camino a casa de don Plinio y doña Támara, pasamos a visitar al "Paisa", caldense entrado en años a quién solo lo acompañan, en la mitad de la selva, donde construyó su cabaña, un pequeño cultivo de coca y varias gallinas. Lo encontramos gravemente enfermo de malaria mientras preparaba un remedio con plantas medicinales que él mismo sembró en el patio de su casa. A pesar de su estado, nos ofreció algo de tomar y dijo que estaba pensando guardar sus gallinas en el corral y salir, bien a buscar droga en una casa de la vereda donde hay botiquín o esperar una canoa que lo subiera hasta el pueblo. Al día siguiente subió al pueblo con tan mala suerte que durante los días que estuvo ausente, un tigrillo entró al corral de las gallinas y no tuvo reparo en comérselas a todas.

JUEVES 8

A un día de terminar el despeje, hablamos nuevamente con "El Pollo", y para concluir lo que habíamos visto y oído sobre el camino, nos dijo algo que explicaba, en parte, por qué tanto enredo en la solución del problema: Don Saúl había buscado primero a la guerrilla para solucionar el conflicto; por lo tanto cuando él se dirigió a la Junta en busca de solución, "El Pollo" como presidente, ya no podía hacer nada porque ya era un asunto con las FARC, *"aunque supuestamente desde hace poco la guerrilla dijo que no tenía por qué solucionar problemas de las veredas"*. Aunque estuvo de acuerdo en que fue autoritario el cierre del camino por afectar a gente de la vereda, aseguró que debía ser necesario para que todos interviniieran. Terminó hablando de la diferencia que

hay entre "la ley" y la "legalidad". Pudimos entender, entre las cosas enredadas que dijo, que a pesar de una "legalidad" propia del sentido común, sobre dicha "legalidad" impera la decisión de alguien con poder: la guerrilla, es decir, la "ley". Al cuestionarlo sobre el desenlace del problema contestó: "Pues hay que esperar a que el comandante Alfonso vuelva. Con este cuento de que el despeje se acaba se fueron todos, pero apenas eso se solucione vuelve Alfonso y él arregla el problema".

EPÍLOGO

A pesar de que mucha gente estaba "preparada" para el inevitable fin del despeje, días después fue nuevamente prorrogado. "Es que así con despeje es más buena la cosa. Uno está más tranquilo", aseguraron don Plinio y doña Támará. Finalmente, el viernes 9 de febrero el gobierno dio un empréstito de tranquilidad por otros meses más, antes de volver a la rutina de "ahora sí se va a acabar el despeje". A pesar de ésta, la novena prórroga, reina una extraña calma. Aunque no se sabe hasta cuándo aguanten los plazos presidenciales, lo que sí es seguro es que la desmilitarización no será eterna y cuando termine será un problema para todos los habitantes de la zona, porque si bien en La Macarena se comparte el sentir nacional de la urgencia del diálogo para detener la guerra, comprendiéndose la necesidad de mantener la zona de despeje, esta urgencia se hace más inmediata y angustiosa para miles de campesinos que ven arriesgada la finalización del proceso de paz, pues está en juego la seguridad de sus familias, su tierra y sus animales.

En junio volvimos a La Macarena, esta vez no por vía aérea sino por tierra, recorriendo los "Caminos hacia la nueva Colombia" o carreteras que la guerrilla ha construido. En esta oportunidad el trayecto demoró 16 horas desde Bogotá. Al llegar a la vereda, lo primero que preguntamos fue sobre el desenlace del problema del camino: finalmente el comandante del frente que opera en la región

tuvo que intervenir. Varias personas de la vereda lo contactaron y actualizaron sobre lo sucedido. Aunque a él no le corresponde esta función, ante los malentendidos y enredos que generaron sus subalternos, le tocó acudir como última instancia para la solución del lío. Inmediatamente envió una comisión con poder de decisión, la cual dirimió el conflicto. El acuerdo se ciñó estrictamente al sentido común que tanto se había vulnerado: se permitiría el paso de don Saúl por el camino que Leonardo le había cerrado. A continuación, don Saúl levantó los obstáculos que había puesto como medida de presión a Leonardo, no perjudicando más a media vereda.

Días después fuimos testigos de la más amplia movilización jamás antes vista en La Macarena. Se trataba de la entrega de soldados retenidos por las FARC a representantes de la Cruz Roja, y que se realizó en la sede de la "Oficina de Quejas y Reclamos". Aquel día asistió la gran mayoría de campesinos de la región a un acto que despertaba en ellos una enorme curiosidad, pues ver en su municipio a tantas personalidades internacionales, gubernamentales y guerrilleras, resultaba una completa novedad. Nunca antes, como toda la serie de hechos inéditos que ha traído el despeje, se había visto en el pueblo, un jueves, a toda la comunidad reunida en un día muy lluvioso que parecía festivo.

El despeje, a estas alturas, se prolongará hasta octubre. Plazo tras plazo la incertidumbre en los campesinos acerca de qué pasará una vez termine y el miedo que ocasiona el sentirse señalados como auxiliadores de la guerrilla alimentan una situación de total desconcierto. La gran mayoría, a pesar del temor, está dispuesta a quedarse para enfrentar, lo que se cree, será una nueva etapa de adversidades. "La cosa puede agravarse pero no tanto como para salir corriendo —nos decía un campesino—. En últimas, se compra uno dos bultos de sal, panela y unas cajas de tiros para aunque sea matar micos churucos y conseguir carne. De resto con yuca y plátano nos mantenemos porque ¿para dónde vamos a coger camino?".